

que es como una lágrima sobre un ataúd.

Retorna ave blanca y roza mis labios,
donde está dormido un sueño de amor...⁵

Vértigo de sombras

Poeta, viví dentro de mí, toda una vida de ensueño,
vertiginosa, rauda,
y un mundo todo luz y todo armónico,
un mundo sin noctívagas negruras,
sin sombras ni ruindad forjé a mi fuerza...
¡Mi alma, toda luz, hecha a una vida de ígnea idealidad!

¡Luz! gritó el sentir, y me abismé en la luz.
¡Demasiada luz, gritó el Pavor hecho Hombre,
y de la diafanidad de un mundo extraño
caí en la noche y me abismé en su sombra.

.....
.....

Noche, Sombra, Abismo, a tu poder me entrego.
Ebrio de luz en tu tiniebla estoy,
naufragando en tu arcano, en tu misterio.
Dame la opacidad de tu existencia ¡oh Noche!
quiero vagar en tu insondable espacio,
en tu mundo de sombras, en tu imperio
poblado de fantasmas; quiero el miedo sentir de lo ignorado,
y la sensación extraña de tus ruidos horrendos.

Hazme invisible ¡oh, Noche! para gozar tu vida,
tu vida de sueño y crimen, tu vida ambigua
de latrocinio y besos;
de luces expirantes que en la lejana tierra

⁵ Manuel Osvlado García, "Sinfonía blanca", *Puerto Rico Ilustrado*, año IV, número 122, 19 de julio de 1913; p. 20.

titilan al miedo de tu sombra,
de tu sombra que es tu vida, amparadora
de otras vidas que están siempre soñando
con un rincón en tu jardín de estrellas.

¿La estrella? La estrella es luz, Noche,
y si la estrella es luz que en tu existencia lúgubre fulgura,
entonces... tu arcano, ¿qué lo forma?
¿pero es que tienes luz, oh Noche?
¿las estrellas son luz, o son tus ojos
que a la audacia del hombre desafían?
Si eres noche la tiniebla es tu arcano.

Tu arcano. Ábrelo a mí, Abismo, lo ambiciona el alma.
Yo me hice un mundo cuando fui Poeta,
el mundo era la luz, y ahora soy Hombre...
Hombre enfermo de ambición de vida,
de vida intensa donde viva el arte,
donde surja el sueño, donde vibre eterna
la cadencia del alma universal, y se sienta
el palpitar fecundo del amor y de la gloria.

Tu arcano. Ábrelo a mí, mundo de enigma, no tengo miedo
a la gran revelación que hacerme puedas.
Habla, yo sé que tienes alma y que eres genio,
fecundo genio, inspirador del humano que te admira;
dime tu privilegio y tu sino ignorado por el hombre;
revélame el mudo enigma que insolente en ti palpita,
para decir en la tierra, el por qué de su prisión de sombras
nunca negada en el proceso de su gran marcha hacia la eternidad.

Yo estoy en ti, ¡oh, Noche! con la fuerza ideal del pensa-
miento,
sujeto a los átomos vivientes
que en tu vacío magnífico pululan
atraídos, quizás, por las estrellas;

dame vida de astro por el momento que mi audacia dure,
y así llegaré, en vértigo de triunfo,
hasta el fondo de tu gran abismo
o hasta la altura de tu mudo arcano.

Y si estás tú, humanizado el genio,
en tu trono de nubes incendiadas
como contraste de tu vida negra,
devuélveme a mi vida de hombre enfermo
y cuéntame, ¡oh, Noche! por qué eres.....

.....
.....

¿Qué has dicho? mi espíritu te ha oído
–en un deslumbramiento de luceros–
rezar una oración...
Confusamente, una música extraña, alucinante,
ha embriagado de ensueño mi cabeza,
y un vértigo de sombras,
un vértigo de sombras, como si fuera un desfile de dolores,
rubricó en mi pesadumbre
la exaltación tenaz de mis desvelos...

Y lentamente, como una procesión de cosas muertas,
de vida que desdobra el pesimismo
en una vaguedad de indiferencia,
en una hiperestesia que consume,
en un renunciamiento de esperanzas...

Que se acercó...

–Soy tu hora de alucinación –me dijo–
la que soñó con Edgardo
en el dolor de una noche de abandono,
la que te trajo en su ritmo de cansancio
el lúgubre «jamás».
Y se alejó... y en su perfil hierático
dibujaba la contracción de un símbolo sombrío,

que me hizo abrir los ojos a la vida
y ver la noche congestionada de odio,
decorando el infinito con vértigos de luz.

Y, fuiste tú, ¡oh, Noche! la que hizo desfilar
por mi momento de ensueño las horas que han pasado.
Y fuiste tú, la que embriagó mi espíritu
con la música extraña de un país de lejanías...
Y fuiste tú, la que despertó mi hora vagabunda
de la desolación de los tiempos,
para decirme el hosco ritornelo
del cuervo de Allan Poe.

¡Oh, Noche! señora de las cumbres,
amante del abismo,
musa fuerte del misterio que alucina,
amparadora del amor y del pecado,
testigo de los labios que se juntan,
cómplice del puñal que se levanta,
encubridora del dolor que llora
y de la vida que al dolor se inicia,
descúbreme el arcano de tus sombras
y el alma vagarosa de tus besos.

Deja el hosco «jamás» allá perdido
en el hondo dolor de aquella hora,
y haz que surja a la vida,

—cual en un libro abierto por un índice flamígero—
todo el amor que en tu volar de siglos
pudiste aprisionar en el lírico seno de tus sombras.

Déjame ver ¡oh, Noche!
en la abstracción luminosa de un momento,
el hosco ritornelo del cuervo de Allan Poe
perderse con su música fatídica

en tu abismo infinito y pavoroso.
Déjame ver, asomado al ensueño,
la escala de suspiros de Julieta
tendida a los amores de Romeo,
la capa de Don Juan, loca de abrazos,
aún tibia del calor de una princesa...

Sí, Noche, porque tú eres para el amor,
y para el dolor... y para el crimen;
porque tú eres para el ensueño y para el suicidio;
porque lo mismo juntas labios,
que separas almas;
porque ríes y desesperas;
y, cuando el poeta, con la desolación en las pupilas,
ahoga en tu gama de quejidos,
y busca la sonoridad de tus estrellas,
y traduce el dolor de tus amores,
tienes para su espíritu, palideces de luna,
perfumes de suspiros, vaguedades de sueños
y músicas de besos...
Y, hay algo, que, a través de la distancia,
lleva a Dios en el alma del silencio,
todo el amor que se incubó a su gloria.

Ahora, ¡oh, Noche! cuantos brazos asesinos
se levantan, al amparo de tu vida,
con rúbrica siniestra en el vacío...
Cuantos salmos de muerte, están cantando los puñales
en su quietud infausta,
dentro de la prisión serena que los cubre;
cuantas bocas, en vértigo de amores,
se buscan anhelantes,
para legar a la vida una caravana soñadora
de besos y sonidos...
Y cuantas vidas que se escapan,
porque, el dolor, triunfalmente,

puso una arma como escala...
(Un Smith que consuela, o una droga que liberta).

¡Oh, Noche! déjame, asomado al ensueño
ver pasar el misterio de tu vida...
Yo soy un peregrino melancólico
que sueña con la paz de tus jardines,
para sentir el vuelo de las horas
que pasan por tus sombras, como sombras
–«Jamás», dijo la noche.
Y, confusamente, una música extraña, alucinante,
embriagó de sonidos mi cabeza,
y un vértigo de sombras,
como si fuera un desfile de dolores,
rubricó en mi pesadumbre
la exaltación tenaz de mis desvelos.⁶

⁶ Manuel Osvlado García, “Vértigo de sombras”, *Puerto Rico Ilustrado*, año V, número 204, 24 de enero de 1914; pp. 14-15.